LA RELIGIÓN

DE LOS

ANTIGUOS INDIOS TAGALOS

POR

DON VENTURA FERNÁNDEZ LÓPEZ

PRESBÍTERO

MADRID
IMP. DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Calle de Miguel Servet, núm. 13.
1894

LA RELIGIÓN

DE LOS

ANTIGUOS INDIOS TAGALOS

POR

DON VENTURA FERNÁNDEZ LÓPEZ

PRESBÍTERO

MADRID

IMP. DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Calle de Miguel Servet, núm. 13.

1894

TIRADA DE 300 EJEMPLARES

Al Excmo. é Ilmo. Señor

Dr. D. Fr. Bernardino Nozaleda,

del Orden de Predicadores,

ARZOBISPO DE MANILA

Excmo. é Ilmo. señor:

Pequeño es el obsequio que hago á V. E. Ilma. al dedicarle este modesto trabajo; pero acaricio la esperanza de que ha de recibirlo bien S. E. Ilma., al menos por la intención que á emprenderle me ha movido.

Dígnese, pues, aceptarlo, como una prueba del cariño y veneración que le profesa su respetuoso capellán,

Q. B. S. A,

Ventura F. López.

Fontanar, 8 Septiembre, de 1894.

I

Origen de los tagalos.

ANTES de tratar de la religión de un pueblo, parece natural tratar de los antecedentes históricos del mismo; porque si llegamos á determinar su origen tendremos mucho adelantado para venir á establecer su religión antigua: veamos, pues, de dónde se derivan los indios tagalos.

El P. Zúñiga, en su *Historia de las Islas Filipinas,* los cree originarios de América, aunque luego en su *Estadismo* abdicó de esta opinión; y su erudito anotador don Wenceslao E. Retana, de quien tomamos la mayor parte, por no decir todas las noticias para este estudio, juzga con más fundamento que proceden de Sumatra ó Malaca; y á esta opinión nos adherimos nosotros, opinión que confirma, por otra parte, el P. San Antonio en sus *Chronicas de la provincia de San Gregorio Papa,* lib. I, cap. XXXIX, refiriéndose á los pampangos.

«Los pampangos—dice el P. San Antonio,—se originan de la mayor isla del Oriente, que es la *Sumatra* ó *Trapobana* (1), situada debajo de la Línea con 700 leguas de boxeo, y confinante con la de Malaca y Malayo, y aun por eso la incluyen en la Aurea Chèrsoneso. En medio de esta Isla de Sumatra, ay vna espaciosa Laguna en cuyo ámbito tienen muchas y varias Naciones su domicilio. Aquí llegó descaminado vn Pampango (2) que aviendo reparado que allí avía hombres de su misma contestura, lenguaje y vestido, se arrimó, y trabó conversación con ellos en su idioma fino Pampango que ellos correspondieron en el mismo, diciendo vn Viejo de Aquellos: *Vosotros sois descendientes de los perdidos que en tiempos pasados salieron de aquí á poblar otras Tierras y nunca más se ha sabido de ellos.*»

Ahora bien: los pampangos, que confinan con los tagalos, tienen los mismos caracteres étnicos de éstos, sus mismos usos y costumbres y la misma lengua con poca diferencia; de donde se infiere que lo dicho de los pampangos reza igualmente con los

(1) Nótese que algunos designan con el nombre de *Trapobana* á la Isla de Ceylán.

(2) El P. Colin dice haber visto y examinado á este indio por sí mismo.

tagalos. Pero hay más: consta que los primitivos pobladores de la India eran negros y amarillos (1); luego los tagalos, *aetas* y *pintados* tienen uno y único origen, que es la India. Lo que sucedió fué que al invadir los aryos esta región, emigraron de ella sus primeros pobladores, descendientes de Cam y de Sem, y fueron á fijarse en las próximas, dando origen á los chinos, malayos y negros de los Archipiélagos de Cook.

Efectivamente, los aryos ocuparon la India hacia el siglo XV antes de nuestra era, y tardarían mil años en su completa conquista, según la cronología de Weber; en ese tiempo emigraron los bárbaros ó *dasyus*, de los cuales son descendientes los tagalos, pintados y aetas que conservan más ó menos de su religión primitiva, á medida que fueron los primeros ó postreros en emigrar de la India. Y conforme á esta misma diferencia tienen también más ó menos reminiscencias de la de los *aryos*. Así vemos que mientras los *aetas* adoran á los astros (2) como los *dasyus*, los tagalos

(1) V. Historia Universal de González Serrano.

(2) Los aetas adoran á la luna, según informe de algunos isleños. ¿No podía ser éste otro dato para emparentar á los filipinos con los peruanos, y deducir de aquí la conclusión de que los americanos son de origen malayo? El que los americanos han salido de Asia es cosa ya probada.

tenían la misma religión al tiempo de su conquista por los españoles que tuvieron los *aryos*.

Estos, por lo demás, fueron los que en Irlanda habían de llamarse *celtas*, é *hindues* en la India. Mas el trato y relación que supone entre dos pueblos el mismo hecho de la conquista del uno por el otro, fué causa de que los *Dasyus* modificaran su lengua y su religión á tenor de las de los vencedores, y de que mientras en la lengua de los tagalos encontramos rastros del sanscrito (1), hallemos en su religión antigua recuerdos de los celtas. Pero siempre veremos que los tagalos, pintados y aetas profesan un monoteísmo como descendientes de los habitantes de la tierra más próximos á la época del Diluvio.

Todos convienen, en efecto, que los primeros pobladores del mundo tenían una misma lengua, como profesaban una única religión (2), y que sólo una confusión ins-

---

(1) V. *El Sanscrito en la lengua tagalog* por Pardo de Tavera y los *Estudios comparativos entre el tagalog y el Sanscrito* del P. Toribio Minguella.

(2) Serrano en su *Diccionario Universal* dice hablando de la pretendida religión natural:

«Los monumentos de la Historia profana convienen con los escritores sagrados, para enseñarnos que la primitiva religión de los pueblos antiguos ha sido el culto de un solo Dios; pero que insensiblemente han caído todos en el politeísmo y la idolatría.»

tantánea de lenguas y la soberbia de los hombres ha podido dar origen á las diversidades que en uno y otro punto observamos en los antiguos pueblos. Mas por lo que hace al origen de la religión é idioma de los tagalos, ya podemos con estos antecedentes suponerlo, que es el objeto del presente estudio.

De modo que podemos afirmar en redondo que la antigua religión de Filipinas era la primitiva religión de la India. Esto aparecerá todavía más claro cuando estudiemos las costumbres de los tagalos, así como los restos de religión que se conservan entre los indios infieles del Archipiélago. Entonces veremos que conforme á la gradación que hemos establecido en orden á la ocupación de Filipinas, esto es, *aetas, pintados* y *tagalos*, cada uno conserva principios en su religión conformes á la época de la emigración de cada uno; pero que todos convienen en el principio fundamental que caracteriza la religión de la antigua India.

Digamos en qué consistía esta religión.

II

La religión de la India.

La antigua religión de la India no era más que un poético panteísmo forjado al calor de la imaginación de los orientales, exaltada por el grandioso espectáculo de la naturaleza que se desarrollaba en torno suyo. La India, que es uno de los primeros pueblos del globo, tuvo el privilegio de inventar una de las primeras religiones, de la cual se habían de derivar otras muchas, como se derivan de su lengua casi todos los idiomas del mundo.

Los indios creían en la inmortalidad del alma, aunque no se dieran cuenta exacta de esta idea, y en su consecuencia crearon la metempsícosis ó transmigración de las almas, á que se reducía toda su filosofía, como su teologia se reduce al panteísmo. Después crearon toda aquella escala de dioses de que hablan los Vedas, y por sucesivas encarnaciones de ellos llegaron á constituir una verdadera religión, con culto, sacerdotes y templos.

Y ya en este caso pudieron explicar por medio de teogonías de gran fuerza poética

el origen del mundo y del hombre, forjando todo un sistema religioso.

La explicación de este sistema sería harto prolija é incompleta si tratáramos de hacerla por nuestra cuenta; así es que cederemos el puesto á Castelar, que lo describe en una admirable síntesis:

«El primer Dios—dice (1),—que se encuentra á la cabeza de todas las religiones orientales, Brahama, nace del fondo de los abismos del ser absoluto, y es conducido por el soplo de las ráfagas del viento sobre las aguas envueltas en espesísimas tinieblas. Duerme en la flor del Lotho, cuyos aromas ayudan á la generación. Despierta de su eterno sueño, y ve en el seno de otro ser los gérmenes de todos los objetos, de todos los seres, y los arroja en los desiertos espacios. Pronuncia cuatro palabras, y esas cuatro palabras son los Vedas. Se ensoberbece con su obra, y el eterno ser supra esencial, mayor que Brahama, castiga su orgullo, y le condena á transformarse y pasar por varias organizaciones. Primero es un cuervo que grazna en el ramaje de los árboles y se cierne sobre las grandes guerras para cebarse en las horribles matanzas; después, para mayor cas-

(1) *La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.* (Lección quinta).

tigo, es un paria hambriento escondido en una gruta, de la cual sale para caer sobre el caminante que pasa descuidado y devorarlo; después ya es un profeta escondido en un bosque meditando sobre la naturaleza y Dios y escribiendo sus meditaciones; y, por último, es un poeta divino que en las hojas de los grandes árboles traza las alabanzas del Eterno, hasta que apartado de esta vida mortal, y triunfante de estos atroces combates, se levanta sobre los aires, sobre los mundos, y vuelve á ser la imagen del Eterno en el cielo.»

....

«En el monte Merú, punto central de la tierra, templo sagrado que reune el cielo y el mundo, en donde se acuesta de noche el Sol y de día la Luna y las estrellas, está Shiva, que ha nacido del Ser absoluto, de la luz del aire; Shiva y su mujer Thoni, que engendran todos los seres y tienen el círculo de la vida y la muerte en sus manos; Shiva, que diviniza todos los objetos, que tiene dos fases, una de Dios criador con el toro á sus plantas y el Lotho en sus manos, arrojando de su frente el agua del cielo, embriagado en un amor de infinitas delicias, signos de la vida; y al par de esta figura tiene la sombría de destructor, que bebe lágrimas y sangre; de cuya boca sale fuego; que lleva un collar de cráneos en

la garganta, una serpiente en la cintura, víboras por brazaletes, un montón de cenizas entre sus pies, y á su lado el tigre sangriento, representación verdadera de la muerte.»

Esta es la religión de la India en la época de su florecimiento; pero antes de llegar á estas concepciones, antes de construir este poético sistema y antes que pudieran sacar de él una religión y un culto los antiguos indios, conservaban costumbres patriarcales, recuerdo del Paraíso, y su religión era un espiritual monoteísmo, como la primera religión de los hombres que pudo salvar del naufragio general el pueblo judío. Véanse si no las costumbres y religión de los *aryos*, que ya hemos dicho que fundaron el imperio de la India.

«La esposa—dice Serrano en su *Historia Universal,* y refiriéndose á este pueblo—no se enajena ni de su libertad ni de los derechos naturales de su persona; la mujer recibe un protector, *natâ,* un defensor, no un tirano; ella es para el hombre una compañera, no una esclava, ni siquiera una inferior. Se ocupa en los cuidados del interior de la casa, de los trabajos que no exigen esfuerzo alguno físico, pero está asociada á los honores de la sociedad, tiene un puesto en las ceremonias, va á recoger la yerba sagrada, *româ,* sobre la coli-

na, tiene á su cuidado los vasos del sacrificio, etc.»

Nótense estas costumbres y esta intrusión de la mujer en los oficios sagrados, y se verá nacer la sacerdotisa druida de los celtas y la *babaylana* de los filipinos. Lo demás es cuestión de tiempo y condición de clima, por lo que hace á las diferencias en estos puntos de los celtas y de los tagalos; que además confesarán la inmortalidad del alma y la metempsícosis, como principios tomados del período posterior y más floreciente de la India. Pero si así es, ¿cómo los tagalos no conservan mayores recuerdos de su patria originaria, la India? Estudiemos su carácter y lo veremos.

III

Carácter de los indios.

De cuantas descripciones del carácter de los indios he leído, que son muchas, no he hallado ninguna tan exacta ni verdadera como la del P. Zúñiga, que traslado á continuación tomándola de su *Estadismo:*

«El genio de estos indios—dice,—según los autores que han escrito de ellos, es un embolismo de contradicciones. Dicen que

al mismo tiempo son humildes y soberbios, atrevidos y cobardes, crueles y compasivos, perezosos y diligentes, y refieren de ellos otras mil contrariedades como estas. Yo he vivido con ellos diez y seis años, y no he hallado contradicción alguna, sino una grande debilidad y mucha disposición á recibir la impresión de todas las pasiones, las cuales se les pasan luego, y con gran facilidad se desprenden de una pasión para dar lugar á otra. Son como unos muchachos de escuela mal inclinados, en que no hay que buscar subsistencia ni constancia en ninguna cosa. Muchas de sus acciones nos parecen contradictorias, porque las referimos á nuestros usos y no á los suyos; lo que entre nosotros es tenido por bajeza lo tienen ellos por honra; lo que á nosotros nos abochorna suele á veces ser entre ellos muy honorífico, y al revés, de que podía dar mil ejemplos; y si cotejamos su modo de obrar con el modo de discurrir que se halla entre ellos, muchas que nos parecen contradicciones las hallamos consecuencias legítimas de sus principios (1). El que un pretendiente viva

---

(1) Para el que no haya estado en Filipinas y no comprenda cómo una misma verdad pueda ser comprendida de diverso y hasta de contrario modo por nosotros y los indios, no hallo explicación más adecuada que la ingeniosa de un

en casa de la mujer con quien piensa casarse no es deshonra; pero el que la mujer pase por frente de la casa de su novio es muy vergonzoso, y atravesará esta doncella un rio, levantándose las sayas hasta medio muslo en presencia de todo un pueblo por no pasar por cerca de la casa de su pretendiente. Es grande deshonra entre ellos contar al Padre ó á un español que le roba su criado, y los demás criados sufren que los trate mal aquél, robando lo que da el amo para su mantenimiento, á trueque de que no le digan que es hablador; y de este modo tienen otros usos que han establecido entre ellos el miedo y el interés, que son las dos pasiones que más los dominan.»

Además de esto la holganza es la nota distintiva de ellos, y el ser desagradecidos, efecto quizás de su poca memoria, que les hace olvidar pronto lo pasado.

---

jesuíta que decía, refiriéndose á estas diferencias, que como Filipinas está en el otro hemisferio, sus habitantes, ya que no andan al revés, piensan con los pies en vez de pensar con la cabeza. Así, por ejemplo, lo que para nosotros es la derecha, para ellos es la izquierda, y viceversa.

Todos los días se ven en Manila indios que al encontrarse un español en la acera se pegan á la pared, mientras se echa al arroyo el español que lleva la derecha. Muchos creen que esto lo hacen por odio á nosotros; pero la verdad es que los indios creen hacer con esto una deferencia, y en su mismo encogimiento lo demuestran.

«Se ha notado — dice en otra parte el P. Zúñiga—que todos los isleños del mar del Sur y de la India olvidan con mucha facilidad el tiempo pasado, y cuidan muy poco del venidero: todas sus pasiones se ocupan en lo que actualmente les acaece» (1). ¿Qué de particular tiene, en vista de esto, que los indios tagalos no conserven recuerdo de lo que fueron? Y si de religión hablamos, basta sólo con este dato para que nos demos por satisfechos con encontrar en los restos actuales de la suya antigua los principios salientes de la de la India, para determinarla, porque si no nos veremos precisados á decir que los tagalos no tenían religión alguna.

Los viejos, á mayor abundamiento, no dicen jamás la edad que tienen, ni lo saben verdaderamente; sino que al ser preguntados por este extremo, dicen que nacieron durante el Gobierno del general Tal; sien-

(1) Esto es tanta verdad que á los mismos españoles les sucede, á los pocos meses de estancia en Filipinas, perder casi por completo la memoria, á lo menos de muchas cosas de Europa. Y lo peor es que de vuelta luego en España sucede lo mismo respecto de Filipinas.

Yo hablo por mí, que cuando estaba allá tenía que tener escrito en la pared el número de la casa donde había vivido en Madrid seis años, para saber adónde había de escribir á mi familia, y ahora sólo como en sueños recuerdo de las cosas de Filipinas. No hablemos de nombres, porque ni el de los amigos retengo.

do párroco de su pueblo el Padre Cual, ó, finalmente, el año que acaeció tal ó cual extraordinario suceso. Pueblo hay cuya desaparición data de poco (y también podíamos citar aquí un ejemplo del P. Zúñiga), y del cual los vecinos más próximos no recuerdan ni el nombre. Son los indios, en una palabra, niños grandes, ó mejor, viejos decrépitos, que viven la mejor de las vidas imaginables, sin penas, sin esperanzas, ni envidiados ni envidiosos, y atentos nada más que á dormir tranquilamente á la sombra, ó pasarse el día en cuclillas acariciando un gallo.

Por lo demás, los indios son, según el citado P. Zúñiga, de ojos negros, color aceitunado, nariz chata y pelo lacio. «La estatura es regular y hay muchos de ellos bien formados; en particular las mujeres tienen la figura del cuerpo tan hermosa, que algunas podían servir de modelo á los mejores tallistas.»

Con esto último es con lo que no estoy conforme, y no acierto á comprender cómo puede haberlo dicho un europeo. Las indias me parecen á mí tímidas de suyo y ruborosas, y por esta sola razón encantadoras; pero en lo tocante al cuerpo, comparándolo al menos con el de las europeas, no hay punto de comparación. Sus formas son angulosas, y no arqueadas, como exi-

ge la estética; no tienen caderas, y el que pensara, cuando salen del baño con la única saya pegada al cuerpo, descubrir entre los repliegues encantadoras turgencias, se llevaría gran chasco.

Hay que advertir, por último, que lo de la timidez y el rubor es convencional hasta cierto punto; se da sólo delante de los españoles, que por lo demás, entre ellos, se bañan hombres y mujeres juntos. Pero esto tampoco quiero yo que diga nada en contra de su honestidad, porque es una de tantas costumbres suyas, que, como dice el P. Zúñiga, nosotros no comprendemos.

IV

De los aetas y pintados.

Si examinamos ahora las costumbres de los actuales aetas y pintados, veremos en ellos, en confirmación de lo dicho anteriormente, que los primeros, como primeros pobladores del Archipiélago, conservan toda la barbarie y rusticidad propia de sus progenitores los *Dasyus*, pero juntamente con esto indicios de religión, no natural como podía suponerse, sino aprendida, y los segundos, como posteriores á aquéllos

en la ocupación del territorio, que aumentan algo á esa misma religión de los aetas, religión que ya en este caso nos demuestra su origen.

En efecto, dice el P. San Antonio hablando de los aetas (1): «Todos estos son Negros atezados, los más de pelo passa y muy pocos de pelo lacio: y chatos y ozicudos casi todos. Andan totalmente desnudos; y solo traen cubiertas las partes verendas, con vnos como Lienzos, tirantes de atras á adelante, que se llaman *Bahaques:* los que hacen de cortezas de Arboles majadas con gran tiento, de modo que ay algunos, que parecen Lienzo fino, y rodeándose por la cintura un Bejuco, en él amarran el Bahaque por sus dos estremos. Vsan por adorno vnas Manillas de Bejuquillos de varios colores, curiosamente labradas, y guirnaldas en las Cabezas, y en los molledos de los brazos, compuestas de varias Flores y Ramos, y para más distincion de alguno, vna pluma de gallo, ó de otra Ave, por penacho. Su comida son las frutas, y Raizes del Monte; y si hallaron por ventura algun Venado, alli le comen, donde le mataron, y alli hacen aquella noche su Rancho, y despues de cansados de baylar, alli duer-

(1) *Chronicas de la Apostólica Provincia de San Gregorio Papa;* Part. 1, libr. 1, cap. XXXIX.

men todos rebueltos como brutos: y al dia siguiente les sucede lo mesmo.»

En esto consiste su culto; con la diferencia de que unas veces es un venado el objeto del sacrificio, otras un puerco, y otras quizás un enemigo, porque los aetas gozan fama de bárbaros (1). Cuando están en guerra, que es casi siempre, no perdonan indio que atraviese su ranchería, teniéndolos á todos por enemigos. Sólo con los misioneros han hecho alguna excepción á veces, pues en otras ocasiones tampoco los han perdonado.

Pues si de éstos pasamos á los pintados, veremos que tras de ser más civiles que sus antecesores, han añadido á su religión

---

(1) Lo son tanto estos aetas, más comúnmente llamados negritos en Filipinas, que hay quien dice que son antropófagos; yo no he podido comprobarlo. Y por lo que toca á su fanatismo, es tal, que los misioneros logran convertir muy pocos ó ninguno, y el que se convierte suele á la primera ocasión volverse al monte.

En su notable folleto *Frailes y Clérigos*, dice el Sr. Retana, á este propósito, que un fraile consiguió educar á un aeta y llegó hasta hacerlo cura; pero el aeta, en cuanto se vió libre, desapareció y no se ha vuelto á saber de él: *se remontó.*

Por ver quizás de lo que eran capaces estos salvajes, también el general Ahumada se hizo con un niño aeta, hallándose de segundo cabo en Manila; lo llevó á su palacio, lo educó y luego lo trajo á España, donde toda la sociedad elegante de Madrid ha podido conocerle con el nombre de *Otello;* pero he leído que ha muerto, de modo que nos hemos quedado con las ganas de saber lo que hubiera dado de sí un aeta.

nuevos elementos. Así los pintados ó visayas, al culto de los aetas han añadido las *babaylanas,* especie de sacerdotisas que son las encargadas de hacer el sacrificio. Pero éstas bien se deja ver que, con significar un progreso para los visayas, no son creaciones de Filipinas, ni mucho menos, como por conceder algo á los filipinos dice el Sr. Retana, puesto que existían en otras muchas religiones antiguas, como en la de los celtas.

Ahora bien: las sacerdotisas druídas eran una especie de sibilas que profetizaban después del sacrificio; pues veamos lo que hacían las *babaylanas* después de matar un cerdo á lanzadas.

«Mientras duraba esta funcion dice el padre Zúñiga (1), se estremecian tres veces, y la tercera echaban espumarajos por la boca y se enfurecian extraordinariamente; en este estado comenzaban á profetizar y responder á las preguntas que les hacia el que pagaba el puerco para el sacrificio. Se cumpliese ó no su profecia, ella se llevaba un cuarto del puerco y lo restante era para el dueño y los espectadores» (2).

(1) *Estadismo de las Islas Filipinas.* (Cap. XXIX.)

(2) La descripción de esta ceremonia la tomamos de un pasaje del P. Zúñiga en que hab'a de la resurrección de este culto incidentalmente en una provincia; pero esto no implica

Resulta, pues, de esto que los pintados tenían una de las muchas religiones que arrancan de la India, la misma que los celtas en principio. Por lo demás, la diferencia que se encuentra entre el culto de los aetas y los pintados, se explica perfectamente, teniendo en cuenta que salieron de la India en distintas épocas. Los aetas, en resumen, son la muestra de los primeros habitantes del globo después del Diluvio, mientras que los pintados denotan ya en su culto el progreso de la primitiva religión de la India.

Del mismo modo que á los pintados veremos á los tagalos llegar después á Filipinas y aportar consigo nuevas modificaciones en las ideas y en el culto.

Pero desde luego se nota ya en unos y en otros la fijeza en una sola idea, como si respondiera á la noción de un solo Dios común en los principios del mundo á todos los hombres. Efecto, sin duda, del carácter apático y como petrificado de estos

---

para que tales ceremonias no se practiquen todavía en los bosques de Filipinas; porque en el Retiro de Madrid y en el local de la Exposición Filipina, ha visto todo el mundo hacer varias veces este sacrificio.

Además, los salvajes de la Exposición hacían una cosa que no dice el P. Zúñiga, que era bailar al rededor del cerdo sacrificado, detalle que no hay que perder de vista para probar la identidad de religión entre los aetas y pintados.

indios, unido al recuerdo de las primitivas tradiciones de la India.

Esto se verá aún más claro al tratar de los igorrotes, que, aferrados á estos principios, y tan sólo por gracia del lapso de tiempo con que á los pintados siguieron á Filipinas, llegaron con una religión más espiritual y un culto sin sacrificios cruentos.

V

Los igorrotes.

Los igorrotes no son más que los tagalos degenerados que con motivo de las invasiones sucesivas de chinos, japoneses y moros se han subido á los montes. Por eso los tomamos como tipo para colegir de su estado actual lo que fueron los indios tagalos en sus principios.

Hemos dicho en el párrafo anterior que éstos, gracias á su roce con otros pueblos más ilustrados, aportaron nuevas ideas religiosas con su llegada al Archipiélago y los igorrotes se encargan de probarlo. Los igorrotes, además de no ser tan salvajes como los aetas, no se tiene noticia de que practiquen el culto de ellos.

Los igorrotes—como dice el P. Zúñiga

en su *Estadismo* — «viven en buenas casas, siembran maiz, camote y otras raices; sacan mucho oro de las minas, y todo lo emplean en comer. El vestido de las mujeres es una saya que les llega á la rodilla y una camisa corta que no pasa de la cintura; y el de los hombres un calzón ó un taparrabo y una manta, que se echa sobre los hombros y la atan encima del pecho por las dos puntas»... «De su voracidad en el comer, de la robustez de su cuerpo, de su color, más blanco que los otros indios, y de tener los ojos como cosidos á manera de ojales, infieren muchos que son descendientes de chinos; pero como su idioma es muy semejante á las demás lenguas de las Islas, sólo se puede concluir que se mezclaron con los chinos que se huyeron por estos montes, cuando los españoles tenían sitiado en Pangasinán al corsario Lima-Hong, y en varios alzamientos de chinos, particularmente en el que acaeció siendo gobernador D. Sabiniano Manrique de Lara.»

Pero para más confirmar su origen — prosigue el P. Zúñiga en el mismo capitulo: «En sus usos y costumbres son como los demás indios; tienen el mismo gobierno y las mismas supersticiones que tenían los tagalos antes de la Conquista. Están continuamente en guerras unas rancherias

con otras; se matan y hacen esclavos mutuamente. Tienen la bárbara costumbre de matar á la gente de otros pueblos por superstición. Cuando muere de parto una mujer, cuando el tiempo está malo, si alguna persona principal alarga los dedos al tiempo de morir, y en otras ocasiones, el principal de la ranchería encarga á su gente cierto número de cabezas; se juntan unos cuantos y van por las rancherías enemigas matando á traición, hasta que juntan las cabezas que señaló el principal de la ranchería.»

Hasta aquí no verá nadie más que indicios de religión á lo sumo; pero si á esto añadimos nosotros que guardan en su casa disecados los cuerpos de sus parientes, en vez de enterrarlos, sacándoles primero los intestinos por el recto y secándolos al humo, tendremos ya un dato para unir su religión con la del antiguo Egipto. Y el Egipto había aprendido su religión de la India, de modo que ya podemos sentar la tesis de que la de los antiguos tagalos tenía también ese origen. No hay más sino que el Egipto tardó mucho en llegar á formar cabal idea de la inmortalidad del alma, de que su sistema de embalsamar los cadáveres era una consecuencia, y la India no pasó del principio; pero ese tiempo es precisamente el indispensablemente nece-

sario para que los tagalos pudieran aprender su sistema, en lo cual se habían de diferenciar de sus paisanos los visayas ó pintados cuando llegaran á Filipinas.

Porque claro es que el culto de los antepasados es el vagido con que se anuncia la religión de un pueblo, suponiendo que pueda darse una religión natural, pero sólo cuando este culto se halla erigido en sistema y no propende á mayores absurdos, como es adorar ídolos (1) y hacerles sacrificios, sino que se abstiene de ellos á pesar del ejemplo de pueblos vecinos que los tienen por único culto, hay que decir que el pueblo que tal culto practica no ha llegado á él por el raciocinio, sino que lo ha aprendido. Y esto es lo que sucede á los igorrotes, que viviendo en medio de los aetas, cuyo culto ya hemos visto, ellos se mantienen en el estado que reseñamos, sin ídolos y sin sacrificios (2).

---

(1) Los igorrotes no tienen ídolos, porque no se pueden llamar tales unas figurillas con que suelen rematar algunos utensilios que más bien me parecen á mí retratos de personas queridas que imágenes de dioses.

El Sr. Retana, sin embargo, dice en su raro opúsculo *Supersticiones de los Indios filipinos* que los antiguos tagalos tenían ídolos que denominaban *Lalanan;* pero eran representaciones de los *anitos* ó espíritus, según él mismo expresa en dicho opúsculo.

(2) La costumbre que los indios tenían de matar algunos esclavos cuando moría un principal no se debe mirar como

Concluyamos este párrafo diciendo que los tagalos partieron de su tierra cuando la religión del Egipto estaba en sus principios, y que por consecuencia de ello llevaron á Filipinas la idea madre que informaba aquella religión, aunque sin alcanzar su completo florecimiento, lo mismo que los pintados lo habían hecho cientos de años antes respecto de la primitiva India.

Ahora veamos cómo esta idea, desarrollada en ellos por su frecuente trato con los chinos, para quienes el respeto á los muertos es también objeto de culto, pudo contaminarles de las infinitas supersticiones del Celeste Imperio.

VI

Supersticiones de los tagalos.

Este párrafo nos le da hecho el P. Tomás Ortiz en su *Práctica del Ministerio* (cap. I, § IV); dice así:

---

sacrificio, sino como un recuerdo de la India ó del Egipto, donde en el mismo caso mataban ó enterraban algunos ó muchos esclavos con el amo, según su importancia.

De esto á sacrificarlos verdaderamente en aras de los ídolos por cualquier circunstancia, como se hace aún en el interior de África, hay una gran diferencia.

«Son muchos los abusos (ó como ellos dicen los Vgales) que tienen los Naturales contra nuestra santa Feé, y buenas costumbres, y entre otros son los siguientes. Lo primero, esta Idolatria de los Nonos; sobre que se debe advertir, que la palabra Nono, no solo significa Aguelo, sino que tambien sirve para llamar con Respecto á los ancianos y genios: estos los tienen los indios debaxo de la palabra Nono, como los tienen los Chinos debaxo de la palabra Espiritus, y tuvieron los Romanos debaxo de la palabra Dioses, que otros llamaron, Lares, ó Penates &.c. Con dichos Genios, ó Nonos executan los Indios muchas, y muy frecuentes Idolatrias, como son Vg. pedirles licencia, socorro, ayuda, y que no les hagan daño ni sean sus enemigos &.c. Lo cual hacen en muchas ocasiones, y entre otras son las siguientes. Quando quieren tomar alguna flor, ó fruta del Arbol, le piden licencia al Nono, ó genio, para poderla tomar, quando pasan por algunas Sementeras, Rios, esteros, ó arroyos, Arboles grandes, Cañaberales, y otras partes, piden licencia y buen pasàxe alos Genios, ó Nonos. Quando son obligados á cortar algun Arbol, ó ano guardar las cosas, ó Ceremonias, que ellos Imaginan, ser del agrado, de los Genios, ó Nonos les piden perdon, y se escusan con ellos disien-

do entre otras muchas cosas, que el Padre se lo mandó, que no es voluntad suya faltar á su respeto, ni contravenir á su voluntad &.c. Quando caen enfermos, con la enfermedad, que llaman *Pamave,* y que ellos atribuyen á los Genios ó Nonos (aunque esto lo procuran ocultar con dezir, que les probó la tierra) les piden salud, y les ofrecen comidas, lo qual executan assi en esta ocassion como entre otras muchas, en las Sementeras, Cañaberales, Arroyos, alpie de algun Arbol grande, que suele ser el mas ordinario algun calumpan, y en otras varias partes.»

Y prosigue: «Lo segundo suelen creer muy ordinariamente los Indios, que las almas de los difuntos buelven asu casa al tercer dia de su muerte para visitar á la gente de ella, ó asistir al combite, y por consiguiente para asistir á la ceremonia del bilao, que tapan y ocultan con dezir que se juntan en casa del difunto para rezar el Rosario por él; y si les dizen que lo rezen en la Iglesia no lo quieren hazer.»

Y más abajo añade: «Lo quarto en consecuencia de dicha ceremonia del bilao (1),

(1) La ceremonia del *bilao* consiste en poner en una criba, que esto significa bilao, unas tijeras clavadas en forma de aspa, y se ordena comúnmente á descubrir por medio de ella el que ha robado una cosa.

Estando las tijeras en tal posición van diciendo delante de

ó de su mala inclinacion encienden candelas, esperando ala Alma del diffunto: tienden vn petate, y en él esparzen zeniza, para que en ella se impriman las huellas, ó pisadas de la alma, y por ellas puedan conocer, si vino, ono la Alma; ponen tambien vna fuente de agua á la puerta, para que quando venga la alma, se labe alli los pies. No parece que seria mucho dezir, que estas cosas de los Nonos, ó genios, y diffuntos las tomaron los Indios de los sangleyes» (1).

Esta es la verdad, y no hacían falta más testimonios para comprender que la superstición de los Nonos era de origen chino; pero para más esclarecer este punto, transcribiremos otro párrafo del mismo P. Ortiz, para que se vea cómo hasta los fenómenos naturales tienen la misma ex-

---

ellas diversos nombres, y si por casualidad se mueven aquéllas al pronunciar el nombre de Juan, por ejemplo, dicen que Juan es el ladrón.

(1) Otras muchas supersticiones tienen los indios, que también describe el P. Ortiz, como la creencia en brujos y duendes á los cuales llaman *Tigbälang, Patianac, Tictic, Bongsol, Gauay,* etc., pero ocupa lugar preferente entre todos el *Asuang,* cuyo oficio consiste en ahogar á los recién nacidos.

Y es cosa divertida ver al indio sobre el caballete del tejado de su casa, mientras su mujer está con los dolores, dando mandobles á un lado y otro con el bolo ó machete, para matar al *Asuang.*

plicación para los tagalos que para los chinos:

«Quando se eclipsa la Luna, suelen los Indios de varias partes salir á la calle, ó al campo con campanas, Panastanes &.c. Las quales tocan con grande fuerza. y apresuracion para de esa suerte defender á la Luna, que dizen, la está comiendo ó tragando el Dragon, Tigre, ó Caiman» (1). Hé aquí la célebre fábula del eclipse, tan corriente en China, y ejecutada la superstición tal cual la practican los hijos del Celeste Imperio.

Pero no es que estas supersticiones se hayan introducido en Filipinas de poco tiempo á esta parte; porque para que una superstición arraigue en un pueblo y se haga general, se necesita que pasen cientos de años y que los que la extienden tengan mucho trato y comercio con los que las

---

(1) De que la palabra *lahú* con que designan los tagalos al tigre que devora á la luna durante el eclipse, es sanscrita, infiere el Sr. Retana, contra el parecer del P. Ortiz, que esta superstición no es de origen chino; pero lo más que se puede colegir de la observación del Sr. Retana, es que la dicha superstición la habían aprendido los chinos de los *hindúes* ó aborígenes de la antigua India, porque hay la certeza de que los indios son más antiguos que los chinos.

Por lo demás, es bastante más probable que los tagalos la tomaran de los chinos que de los *hindúes*, porque Malaca, su patria histórica, está más cerca de China que de la antigua India.

aprenden. Y estas supersticiones, sobre todo la del eclipse, es tan general entre los tagalos, que, como dice muy bien el padre Zúñiga, ya no se designa en Filipinas al eclipse de otro modo, sino diciendo que el dragón tragó á la luna.

Y por otra parte, si es cierto que los chinos siempre tuvieron gran trato y comercio con los indios, no lo es menos que á la llegada de los españoles no había tantos sangleyes como ahora, por ejemplo, en Filipinas. De modo que en vista de esto, creemos que los tagalos son deudores de parte de su antigua religión á China, y lo que es más, que ya traían sus supersticiones al llegar á Filipinas.

VII

Costumbres tagalas.

Las costumbres de los tagalos en general son una mezcla de usos de las distintas naciones con quienes han tenido roce, ó á las que consideramos como sus ascendientes; pero conservadas de tal modo entre ellos, que hasta se descubre alguna costumbre patriarcal completamente, como la de servir el novio cierto tiempo á los pa-

dres de la mujer con quien quiere casarse, antes de conseguirlo, y que parece remontarse nada menos que á los tiempos de los primeros patriarcas de que nos habla la *Biblia*. Esta costumbre se conserva todavía pujante, especialmente entre la gente pobre.

Por lo que hace á la gente rica, dice el P. Zúñiga (1), «se acostumbra á dotar á la mujer por quien ha de ser su marido, y las dotes son de dos maneras: la una se llama *bigaysusu*, que es lo que se da á la madre por haber dado los pechos á la hija: esta ya se usa muy rara vez; la otra, que es la verdadera dote, se llama *bigaycaya*, que se destina para que los novios se mantengan después de casados, aunque á veces se gasta casi todo en la boda y les queda muy poco. Más se recibe esta dote por vanidad que porque lo juzguen necesario para después del casamiento, y así la novia á quien se señala mayor dote se tiene por de mayor suposición, porque se compró más cara» (2).

---

(1) *Estadismo.* (Cap. VIII.)

(2) No quiero pasar aquí en silencio una superstición, más bien que costumbre, de los indios, porque se refiere á los novios.

Cuando la novia cree haber perdido el cariño de su prometido, busca un filtro amatorio, que ordinariamente se suele componer de raspaduras de calavera, y se lo da á su amante,

La esclavitud es otra de las costumbres que subsiste latente entre los indios y que difícilmente se podrá quitar, gracias á la forma en que se practica. «Imaginémonos —dice el Sr. Retana (1)—un hombre completamente libre: entra á servir á un indio principal, que suele pagarle con tanta tacañería, que el sirviente se ve en la necesidad de pedir un adelanto; á este adelanto sigue otro, y luego otro... y es *costumbre* que continúe sirviendo al mismo amo, hasta que acabe de amortizar la deuda *(utan)*. Pero no acaba nunca...; ese criado se une en matrimonio con una criada de la misma casa, que á su vez debe: el casorio aumenta el *utan* común; el bautizo del hijo también... Y véase por donde este hijo, y los demás que vienen, nacen con la obligación de servir al amo de sus padres, para contribuir con sus pequeños sueldos á la amortización del *utan*.»

Y que no vale decirles que por deudas no llevan á la cárcel; que el Código (2) está en

---

bien en el cigarro ó en el buyo; á esto se llama dar *gayuma*. Pero á poco que se fije la atención, se verá que esta costumbre no es propiamente india, porque se parece mucho á la de dar raspaduras de uña en un vaso de agua, para el mismo objeto, y que se usa en algunas provincias de España.

(1) Apéndice G. al *Estadismo*. (Pap. Esclavitud.)

(2) Es tanto más de notar esta resistencia, cuanto que, por lo común, están muy bien enterados los indios de aque-

favor del criado á quien retenga el amo en su casa involuntariamente; porque se sonríen, y lo más que hacen es decir: *Costumbre, señor, costumbre.*

Pero la costumbre más arraigada entre los indios es la del juego, vicio que los domina por completo, en sus varias manifestaciones, sobre todo en la de los gallos. El P. Zúñiga, por lo que toca á Filipinas, describe así este juego:

«El juego de gallos es una pelea de dos de estas aves, que en todo el mundo acostumbran á darse combates obstinadamente: sobre su inclinación natural á pelear, se los adiestra en Filipinas y se los pone una navajita muy aguda en uno de los espolones, para que puedan matarse con facilidad. El que queda muerto es el vencido, á no ser que el contrario haya huido de él; y cuando hay disputa de si huyó ó no, se le presenta el gallo muerto, y si huyó verdaderamente, aun después de muerto su ri-

---

llo en que el Código les favorece; pero, sin duda, aunque entienden su letra, no entienden su espíritu, porque yo estuve luchando con un criado que estaba á disgusto en casa de su amo para que se saliera, y no pude conseguirlo, porque le debía; y cuenta que yo le aseguraba que yo cargaba con la responsabilidad que le sobreviniera.

Ahora, si este criado hubiera estado á mi servicio ó al de cualquier otro español, se hubiera escapado, por mucho que debiera, y menos mal si no se llevaba algo para el camino!

val, fué tal el miedo que le cogió, que huye de él como si estuviera vivo. Hay gallos que en matando á su adversario se ponen encima de él, cantan y se caen muertos de las heridas que habían recibido en la pelea. No puede darse mejor retrato de la venganza y de su castigo. Los indios se dividen en favor de los dos gallos rivales; unos se apuntan por uno y otros por el otro; la principal apuesta se hace entre los dos dueños de los gallos y algunos amigos que arriman unos á uno y otros á otro. Hay ocasiones en que esta apuesta pasa de 1.000 pesos por cada bando. Además de esto hay en el corral á veces más de 4.000 indios, que están apuntando unos en favor de un gallo y otros de otro, y es bastante frecuente el que se atraviesen en una de estas apuestas de tres á cinco mil pesos, que es una cantidad enorme para unas gentes infelices como éstas.»

Finalmente, no debemos pasar inadvertida la costumbre que los indios tienen de circuncidarse, hombres y mujeres, aunque de esto hemos de hablar luego. Pero cuál no será el arraigo de esta costumbre en Filipinas, que no sólo los indios, sino que hasta los mestizos y criollos ó hijos de españoles se circuncidan. Al que está circuncidado le llaman *tulí*, y *suput* al que no lo está, y es, sin duda, entre ellos cosa tan

asquerosa no estar circuncidado, que á los europeos nos llaman despreciativamente *suput.*

El P. Zúñiga cree que esta costumbre es hija de su lujuria; pero yo me he convencido de que ellos la tienen por limpieza.

VIII

Religión de los antiguos tagalos.

En vista de todos estos datos, ya podemos determinar la antigua religión de los tagalos. Consistía ésta en el culto de un ente invisible que llamaban *Anito* (cuyo nombre comprende también al sacrificio que se le hacía) y al *Nono* que representaba el espíritu de los ascendientes; tenían sacrificadoras llamadas *babaylanas,* y creían por fin en la inmortalidad del alma. Esto es todo; pero aun así, colegido de lo que llevamos dicho y englobando en un todo los diversos cultos de las diferentes provincias de Filipinas.

Porque aunque los tagalos tenían escritura «hasta aora—como dice muy bien el Padre San Antonio en sus *Crhonicas*—no se ha hallado la menor Escritura de su Religion, ni Ritos, ni su antiguo politico Go-

vierno (1) y solo por Tradiciones, y Cantares antiguos, que de Padres á Hijos se han ido conservando, y de otras cosas que aún tienen uso, si ha podido rastrear de lo antiguo por algunos Ministros cuydadosos». Pero estos cantares no eran otra cosa que relatos de las acciones de sus antepasados que ellos tenían por buenos (2), y en cuanto á las tradiciones no pasaban de ser ciertas fábulas extravagantes de la aparición del hombre y el principio del mundo, que tienen todos los visos de ser cosa de chinos (3).

---

(1) Como que ahora resulta que tampoco lo tenían, pues la tan cacareada institución del *barangay,* tenida hasta aquí por cosa genuinamente filipina, el Sr. Retana sostiene que procedía de fuera, según nota que debo á su puño y letra.

¡Cuán cierta es la tesis que venimos sosteniendo!

(2) V. *Sucesos de las Islas Filipinas* del Dr. Morga y los *Documentos inéditos* publicados por el Ministerio de Ultramar.

(3) Cierto indígena escritor, trae una que explica la génesis del Archipiélago y que yo tengo por invención reciente.

Dice la tal fábula que en el principio del mundo todo estaba oscuro, y el cielo cubría la tierra como un imenso *tabo* (vaso de coco que usan mucho los indios). Dentro nació un ratoncillo que poco á poco fué creciendo, hasta convertirse en el gigante Angalo que tocaba con la cabeza en el cielo. Éste, á espaldas de Dios, evacuó un día el vientre y de sus excrementos y orina salieron todas las islas, ríos y lagos del Archipiélago; y Dios, que le halló en esta posición, le dió un fuerte puntapié y le hizo salir huyendo hacia China por Mariveles.

En Mariveles, dicen que efectivamente existen dos grandes

Además de esto creían en la transmigración de las almas, según el P. Grijalba (1): «Y assi tenian—dice—por cierta la transmigracion de vn cuerpo á otro: y en esto: y en esto solo creyan que premiavan ó castigavan los Dioses en tenerlas encarceladas en cuerpos hermosos, ó feos, pobres, ó ricos, bien, ó mal afortunados», teoría que bien se deja ver que corresponde á los primitivos sistemas filosóficos panteístas de la India. Pero no tenían ni dogmas ni templos.

Era, pues, la religión de los antiguos tagalos conjunto de varias supersticiones de diversos pueblos, muy conforme con el especial modo de ser de estos indios, que obran por impresión y aceptan lo primero que se les predica; pero sin tomarlo en serio nunca. Así se explica que los misioneros de la Conquista pudieran en tan poco

---

huellas, que no tiene nada de particular que hayan dado origen á la leyenda; pero así y todo insisto en que ésta es de invención reciente y por añadidura una broma. Más visos de antigüedad tiene la que extracta el Sr. Retana en una nota á sus *Apéndices* al ESTADISMO del P. Zúñiga. Un gigante sostenía la tierra sobre sus espaldas: el gigante, en un momento de cansancio, movióse bruscamente y dejó caer aquélla en el Océano: la tierra se hizo mil añicos; éstos se convirtieron en innumerables islas que constituyen el Archipiélago. Mas este derroche de gigantes... la verdad, me parece chino.

(1) *Crónica de la Orden de Nuestro P. San Agustín.* (Cap. XX-138.)

tiempo hacerles adoptar el Evangelio; porque no tenían creencias sólidas, ni siquiera un culto único. Una religión con caracteres de tal no se desarraiga, como dice el Sr. Retana, tan pronto de un pueblo.

Y digo esto, porque sé que algún filipino, más ó menos tildado de antiespañol, no por honra de Filipinas, sino por odio nuestro, trata de recabar para los tagalos la *gloria* de haber fundado una religión propia y determinada que él llama pomposamente *Bathalismo* (1). El fundamento, si alguno tiene, de esta opinión, está en que, á la llegada de los españoles á Filipinas, vieron éstos amagos de religión en ciertos sacerdotes sujetos á una jerarquía y templos. Mas al hablar de los moros que á su llegada al Archipiélago hallaron en él los españoles, veremos si tal opinión tiene fundamento.

Por lo pronto hagamos constar que no hay razón para suponer en los antiguos tagalos otra religión que la que hemos bosquejado, ó, á lo menos, que nadie podrá probar lo contrario. Los tagalos no sólo no tuvieron religión propia, sino que no supieron conservar la que por razón de su origen hindú parecía corresponderles

---

(1) De Bathala = *Dios creador*, palabra sanscrita. V. *Supersticiones de los Indios Filipinos.*

de la India, pues mientras hallamos en los tagalos algunos principios de esta religión, en cambio se echan de menos las prácticas que ya por el tiempo que los tagalos salieron de su madre-patria debían formar parte del culto naciente de la India. Pero conste también que no por esto desmerecen para nosotros los tagalos, y que si nos detenemos en este punto es por impugnar á nuestros adversarios.

Efectivamente, los tagalos, débiles ya por temperamento para retener hechos en la memoria, y salidos de su tierra cuando alboreaba la futura religión de la India, llegaron á Filipinas, donde por haberles precedido con mucho, se encontraron que sus antiguos paisanos eran más bárbaros, y no es de admirar que con tales vecinos no progresaran; lo extraño es, y esto lo que verdaderamente les honra, que no cayeran en la abyección de ellos. Bien que en esto les ayudara, como hemos dicho, su frecuente trato con los chinos ya en vías de civilización.

En último término, y puesto que no podemos descartar de este estudio la influencia que sobre los tagalos ejercieron los moros, digamos que no sabemos á lo que hubieran llegado los tagalos por sí solos, y aun ayudados por tantos elementos, como vemos que han entrado en su civilización;

lo que sí sabemos es que á no haber llegado tan á tiempo los españoles, los tagalos serían á estas fechas mahometanos.

IX

Los moros en Filipinas.

Cuando los españoles llegaron á Filipinas, la religión de Mahoma estaba haciendo rápidos progresos en las islas, gracias á las armas conquistadoras de los moros, que ya habían extendido su dominio á algunas islas próximas. En efecto, los moros eran ya dueños de Borneo y habían pasado á ocupar Mindanao; pero no contentos con este dominio, aspiraban á todo el del Archipiélago, haciendo frecuentes correrías hasta el mismo reino de Lacandola, que sentaba sus reales en Tondo; es decir, el sitio que después había de ser Manila (1).

(1) «Hace doscientos años—escribía el siglo pasado el Padre Zúñiga—que los mahometanos de Joló y Mindanao están infestando estas islas con sus piraterías.»

....

«Entraron en este pueblo de Balayan (Batangas), se estuvieron viviendo en él dos meses, y, quemando después el pueblo, se hicieron á la vela cuando les acomodó. Para que-

Por eso quizás el reyezuelo de Tondo se mostró tan propicio á pactar con Legazpi, porque vió en él al representante de un gran rey que la Providencia le mandaba para salvar su reino y con él Filipinas. Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en punto á religión ya eran dueños los moros de los indios tagalos, según el testimonio del P. Grijalba en su *Crónica de la Orden de Nuestro P. San Agustín.*

Dice este autor, hablando de la conquista de Manila: «Ay en esta Isla (Manila) y en la de Tondo muchos mahometanos aquienes se les habia pegado la secta, por la contratacion, que tienen en Burneo.

Los cuales auiendose casado en las Is-

---

dar libres de estos piratas en semejantes ocasiones, fabricaron los de Balagan una fortaleza donde pudiera estar segura la Iglesia y retirarse á ella la gente en caso de invasión. Los de Taal no han hecho fortaleza para defender la Iglesia; pero han elevado las paredes del patio con el fin de que se puedan acoger á él los viejos, niños y mujeres, caso que sean acometidos de los moros, y á la una estremidad del pueblo tienen un pequeño castillo con cañones, en una eminencia que domina toda la marina. Todos estos preparativos han sido poco necesarios, porque los moros, perseguidos de nuestras escuadrillas, no se atreven á presentarse con armada cerca de la capital, y solo andan escondiéndose en las ensenadas y manglares con dos ó tres *pancos,* que son sus embarcaciones para robar y cautivar los indios que van á sus sementeras ó á los montes en busca de maderas ú otras cosas.»

El mismo P. Zúñiga afirma que en su tiempo todavía conoció cautivar algunos indios. *(Estadismo,* Cap. V.)

las, y auecindandose en ellas, se le auian pegado, y enseñado, dandoles cartillas ceremonias, y forma de guardarla. Y assi muchos de la Isla començauan á ser moros retajandose, y poniendose nombres de Moros; y cundía el cancer tan de priessa que á tardarse mas la llegada de los españoles, todos fueran oy Moros, como lo son ya todos los Isleños, que no estan en el gouierno de las Philipinas. A los cuales tienen muy industriados, Gacises y Maronitas, que les vienen á predicar por el estrecho de Malaca, y Mar Rojo.»

Tómese nota de estos Gacises y Maronitas ó *panditas,* como los llamamos ahora, para comprender lo que acerca de los indios dice el P. Ortiz en su *Práctica del Ministerio.*

«Suelen los Naturales circuncidar á los muchachos, y aunque hazen la circuncision rompiendo á lo largo el pellejo del Miembro viril, y no en redondo, pero parece, que esso sea de material, respecto de que esta ceremonia se discurre, que la introdugeron los Moros de Borneo, Mindanao, ó Iloilo, en Philipinas, como tambien la palabra *Biñag* de que han vsado para bautizar, y para dezir Christiano, y la palabra *simba* que parece significa entre ellos adoracion, y de aquí la traian para dezir sus templos y mezquitas, y los tagalos la

tomaron no para dezir adoracion, sino Iglesia, y despues la vsaron para dezir á Misa, loqual nunca pudo significar.»

De suerte que la influencia de los moros en los tagalos llegó á darles la primera idea de templo y de sacerdotes tales. Con razón, pues, hemos dicho que la jerarquía sacerdotal y los templos, si acaso los conocieron los tagalos, es porque los tomaron de los moros, y en época muy reciente, pero no porque estos elementos de religión fueran propios de ellos.

Pero hay más: el P. Delgado, refiriéndose á todos los indios del antiguo Moluco, niega terminantemente que tuvieran templos, y ni siquiera les concede lo que concedemos nosotros, que creyeran en Dios. «Antiguamente—dice (1)—eran gentiles ó como los demás isleños de estos Archipiélagos, ateistas, pues en sus tierras no tenian templos ni adoraciones, ni reconocian alguna deidad, más despues que ocuparon el Moluco, los Jabos y Malayos y ultimamente los Persas y Arabes con el comercio de la especieria, los inficionaron con la secta Mahometana, la cual observan mezclada con mucho de gentilismo, teniendo por Dios á uno de sus reyes antiguos.» No

(1) *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas del Poniente.* (Cap. XXXI.)

recusarán seguramente este testimonio los filipinos, porque el P. Juan Delgado es uno de los indiófilos más conspicuos.

En resumen: que sólo una confusión de ideas lamentable puede haber dado lugar á algún escritor indígena para suponer que sus abuelos, no sólo tenían una religión propia, sino que también un culto determinado, con sacerdotes y templos. Mas porque la confusión parece más bien mala fe, como hemos indicado, queremos esclarecer todavía este punto, pasando á estudiar la actual literatura de los tagalos y el valor de ciertos monumentos antiguos, con lo cual damos por terminado este estudio.

X

Literatura de los tagalos.

De la literatura antigua de los tagalos ya hemos dicho que no queda vestigio, por más que conocían la escritura, y sí sólo la noticia de algunos cantares que confirma Herrera (1) con estas palabras: «quando

---

(1) *Historia de los hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Oceano.* (Libr. V, cap. IV. Década Cuarta, Tom. II.)

van remando, en sus Paraos, siempre van cantando, aunque anden dos, i tres meses por el Mar»; pero estos cantares tampoco estaban escritos. No nos queda, pues, otro recurso que acudir á su literatura actual, para ver si en ésta se encuentra algún recuerdo de lo que fué la antigua.

Mas antes es preciso fijar la calidad del entendimiento de los tagalos. Sobre este punto dice el P. Zúñiga: «Yo no he visto obra poética de ellos de los tiempos de su gentilidad; he leido las poesias de varios indios y las del célebre Patato, que ha dejado mucha fama y solo hallo de bueno las comparaciones, símiles ó *halimbauas*, como ellos dicen, que usan muy comunmente tanto en prosa como en verso. En todo lo demas manifiestan muy poco entendimiento.» Ya nos explicamos por qué los indios tagalos no tienen literatura; porque tienen imaginación, pero no tienen entendimiento. Así vemos que todas sus obras son imitaciones, no habiéndose dado todavía el caso de que un indio haya producido una comedia original.

Y si no, veamos sus obras: «Antes de la venida de los españoles—dice el P. Zúñiga—todas las poesías de los indios eran líricas. Algunos de nuestros autores creen que tambien usaban la dramática, fundados en que en el *talindao* uno cantaba una

estrofa y el otro el estribillo, y en el *cundiman* uno una estrofa y otro otra (1). Si estos versos fueran unas eglogas seguidas, como las de Virgilio, no tendria inconveniente en concederles la poesia dramática; pero siendo todos cantares inconexos que los poetas inventaron para cantarlos fuera de estos bailes, no se porqué razón no se deben reducir á la poesia lírica. La epopeya jamas la conocieron, sino queremos graduar de poemas épicos, algunas relaciones semejantes á las coplas de nuestros ciegos, que componian con elogio de sus héroes, y cantaban bailando el *cundiman.*»

Tienen además otros muchos bailes como el *sacatillo,* los *panaderos* y el *comingtang;* pero todos giran entre el fandango español y el *balitao* evidentemente moro de origen.

Pues veamos sus obras dramáticas. «Las comedias—prosigue el P. Zúñiga—de los indios se componen de tres ó cuatro tragedias españolas cuyos pasajes estan entrelazados unos con otros y forman al parecer una sola pieza. Siempre entran en ellas moros y cristianos, y todo el enredo consiste en que los moros quieren casarse con

(1) V. *La Música Popular de Filipinas,* por D. M. Walls y Merino, donde se sostiene que el *cumintang* es acaso el único baile original de los tagalos y anterior á la Conquista.

las princesas cristianas y los cristianos con las princesas moras. Sus padres convocan á un torneo general para que la princesa escoja á uno de los muchos príncipes que concurren á él. Un príncipe cristiano se introduce con los moros que van al torneo de la princesa de su nacion; lo mismo sucede con los príncipes de los moros respecto de las princesas cristianas: unas y otras se enamoran de los príncipes extranjeros; sus padres se oponen á estos casamientos, y en esta oposicion se pintan los ardides de una mujer para lograr su empresa. No suele haber mucha dificultad en componer los matrimonios de los moros con las cristianas; una guerra que se declara oportunamente en la cual, el príncipe moro hace proezas extraordinarias, y su bautismo y conversión á la fé católica, facilita el casamiento que desata todo el enredo de este pasaje de la comedia. La mayor dificultad está en desatar el enredo del príncipe cristiano con la mora; como nunca ha de desamparar la religión católica, se ve en muchos apuros, lo ponen en la carcel con sus compañeros, los suelta la princesa enamorada, lo que á veces le cuesta la vida; se hallan en guerras, de capitan con alguno de sus compañeros, y se desata el enredo, ó haciéndose cristiana la mora y escapándose, ó muriendo trágicamen-

te el príncipe que á veces suele resucitar» (1).

Claro es que estas comedias son recuerdo de los antiguos romances españoles, que también recitan de memoria los indios. Pero ¿quién no ve en ellos la factura del teatro chino? Las comedias de los chinos son interminables, duran siete y ocho días, y sin duda de éstos aprendieron á hacerlas los tagalos, cosiendo varios retazos de romances españoles.

Pero siempre resultará lo que hemos dicho: que los antiguos indios tagalos carecían de literatura, porque ni se hallan vestigios de la antigua, ni en la actual se descubren indicios de ella. Todo son recuerdos de los chinos, moros y españoles, lo cual nos demuestra además una cosa que también hemos dicho, á saber: que las primeras ideas de cultura y civilización las deben los tagalos á los chinos, después á los moros y ultimamente á los españoles.

---

(1) V. *El Teatro Tagalog*, por D. Vicente Barrantes.

XI

Monumentos prehispanos.

Se comprende que si Filipinas hubiera tenido una religión propia ó ajena, pero desarrollada, anterior á la llegada de los españoles, quedaría algún rastro de ella, si no en su literatura, en algunos monumentos. De ahí el empeño de los escritores, á que en párrafos anteriores aludíamos, de ver en cualquiera manifestación de la antigua vida de los indios dichos monumentos.

Pero en vano, porque los monumentos hallados en Marianas y tenidos por templos, está probado que eran sepulcros, lo mismo que las cuevas de Luzón, á que se ha querido dar idéntico destino. En efecto, el Sr. La Corte (1) examinó los monumentos de Marianas y extrajo de ellos huesos humanos, y el Dr. Montano (2), que hizo lo propio en las cuevas de Luzón, no encontró sino vasos de porcelana conteniendo la

(1) *Memoria descriptiva é Histórica de las Islas Marianas.* (Págs. 83-84.)

(2) *Voyage aux Philipinnes.* (Pág. 100).

ofrenda hecha á un difunto. Item más, extrajo huesos y calaveras.

Ahora bien: que los indios de una y otra parte fueran á orar á los sepulcros, es cosa que puede que sucediera, pero de eso no se colige que los tuvieran por templos. Hoy mismo vamos á orar nosotros á los sepulcros por las almas de nuestros difuntos, y los chinos á depositar ofrendas, y aun los antiguos indios tagalos, según consta en varios documentos; pero tenemos también nuestros templos como los tienen los chinos. Además, la idea de templo, como más general, envuelve la idea de oración en común, lo contrario precisamente de lo que sucede á los sepulcros.

Pues lo mismo podemos decir de la jerarquía sacerdotal, que alguno ha supuesto establecida entre los antiguos indios, porque ésta apenas se concibe sin templos. Se concibe sí un sacrificador ó sacrificadora que, como las *babaylanas*, haga oficios de sacerdote en determinada ocasión y á campo raso; pero para establecer siquiera una gradación entre sacerdote y sacerdote, se necesita suponer diversidad de oficios, un rito y un templo. El que opine lo contrario desconoce hasta la condición humana, que exige en el que desempeña un oficio local á propósito para ejercerlo. Las mismas sacerdotisas druídas, si no hacían

sus sacrificios en templos, hacíanlos en un sitio determinado siempre, y desde luego en un dolmen ó altar á propósito, y aun no se ha descubierto ningún dolmen en Filipinas, ni cosa por el estilo.

Y, finalmente, la palabra *sonat*, que significa circuncisión, puede haber servido para designar al sacerdote; pero ella es procedente de Borneo, de modo que el sacerdote designado tiene que ser moro por fuerza. En este caso ya no tengo inconveniente en admitir que los indios conocieron la jerarquía sacerdotal, pero es porque la habían aprendido de los moros, no porque ellos la hubieran discurrido.

Pueden, pues, los filipinos seguir soñando con su pretendida religión antigua y llamarla pomposamente *Bathalismo;* pueden equiparar á los Santos con sus anitos; pueden creer, si quieren, que el *sonat* era un obispo; pero lo que no podrán negar es que, gracias á los españoles, no son actualmente moros. Y cuenta que no salen del todo mal librados con la hipótesis, porque ellos, entregados á sus propias fuerzas, lo que serían ya lo hemos visto, aetas, igorrotes...

Réstanos para terminar, y como complemento de este estudio, decir dos palabras sobre la religión actual de los tagalos. Desde la llegada de los españoles profe-

san la Religión Católica Apostólica Romana, pero de una manera tan particular, que en los malos parece débil creencia, bajo la cual se oculta un gran fondo de paganismo, y en los mejores mucho de superstición y fanatismo. Yo, aunque esto sea meterme á profeta, para lo cual carezco evidentemente de condiciones, creo que ninguno de los actuales indios tagalos llegará á verse en los altares, y algo deben de participar de mi opinión los Papas, cuando, como no sea mártir, aun no han canonizado á ninguno.

¿Ni qué opinión tendrán, por otra parte, formada de sus herejías, cuando entre otros privilegios que les han concedido, es uno que la Inquisición no tenga que ver nada con ellos? Por lo visto se debe de hacer tanto caso de los indios, que la Iglesia, en el hecho de ser una herejía india, ya no la castiga.

DEL MISMO AUTOR

El Filibustero, novela de costumbres filipinas.

EN PREPARACIÓN

Los Niñongos, novela hispano-filipina.